


Un montón de migajas

ELENA GOROKHOVA

Traducción de Carles Andreu

gatopardo ediciones 

Título original: *A Mountain of Crumbs*

Copyright © Elena Gorokhova, 2010

© de la traducción: Carles Andreu

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Las tejedoras* (1981)

© Ígor Zotin, Borís Kavashkin/TASS

Imagen de interior: Elena Gorokhova con su madre
en Ridgewood (Nueva Jersey, 2010)

Imagen de la solapa: © Lauren Perlstein

ISBN: 978-84-17109-73-8

Depósito legal: B-21733-2019

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



La escritora con su madre en Ridgewood,
Nueva Jersey, en 2010.

*Para mi madre,
Galina Konstantinovna Maltseva*

Ojalá mi madre hubiera nacido en Leningrado, en el mundo de Pushkin y los zares, entre muros de granito, verjas de hierro forjado y cúpulas de nácar sobre las que reposaba el cielo bajo. Desde su primer aliento de vida, se habría contagiado del glamur de Leningrado, y las fachadas de formas curvas y los puentes majestuosos, impregnados durante más de dos siglos de la humedad y el salitre de la ciudad, habrían dejado un rastro perdurable de refinamiento en su alma.

Sin embargo, no fue así. Mi madre nació en la provinciana ciudad de Ivánovo, en la Rusia central, donde las gallinas vivían en la cocina y se guardaba un cerdo bajo las escaleras, donde las calles estaban sin asfaltar y las casas eran de madera; un lugar donde la gente lame los platos.

Nacida tres años antes de que Rusia se convirtiera en la Unión Soviética, mi madre acabó siendo un reflejo de mi patria: autoritaria, protectora y difícil de abandonar. Nuestra casa era la sede del Politburó, y mi madre, su presidenta perpetua. Dirigía las sesiones en nuestra cocina, delante de una olla de *borscht*, con un cucharón en la mano, ordenándonos que comiéramos con una voz que hacía temblar a sus alumnos de anatomía. Superviviente de la hambruna, del terror de Stalin y de la Gran Guerra Patriótica, nos contro-

laba y protegía con férrea determinación. Lo que le había pasado a ella no iba a pasarnos a nosotros. Nos mantenía apartados del peligro, de la experiencia y de la vida misma con un estrecho abrazo que protegía nuestra inocencia al mismo tiempo que nos sofocaba.

Mi madre era quien comandaba, bajo las lluviosas nubes del Báltico, nuestras tropas hacia la ruinosa dacha donde plantábamos, desherbábamos, recogíamos y poníamos en conserva para el invierno todo aquello que se aviniera a crecer bajo un sol esporádico, que nunca asomaba por encima de la pocilga del vecino. Durante el breve verano septentrional, cruzábamos, chapoteando un pantano, hasta las aguas poco profundas del golfo de Finlandia, cálidas y amarillentas como un té muy flojo. Cogíamos setas en el musgo del bosque y las colgábamos de una cuerda sobre el hornillo con el fin de secarlas para el invierno. Mi madre planificaba, dirigía y supervisaba las operaciones, acarreaaba cubos de agua hasta los arriates de pepino y eneldo, y lidiaba para no perder el turno en las colas y poder conseguir el azúcar con el que prepararíamos la fruta en conserva que necesitaríamos en invierno para combatir los resfriados. Cuando llegaba septiembre, regresábamos a la ciudad y rebuscábamos en el armario mermelada de grosella para mi tos, o jarabe de grosella negra para hacer bajar la presión sanguínea de mi padre. Entonces volvíamos a los discursos, los abrigo forrados de lana y los preparativos para volver a cavar cuando llegara abril.

Tal vez, si no hubiera pasado todos los veranos de mi vida metida hasta los tobillos en aquel barro frío y encharcado, no me habría dejado seducir tan fácilmente por el sonido de la lengua inglesa que surgía de los surcos de un disco titulado *Audio-Lingual Drills*, el orgullo de mi profesora particular. Tal vez habría estudiado medicina, como mi madre, o ingeniería, como hacían todos. Incluso es posible que me hubiera casado con un ruso.

Tal vez, si hubiera podido relacionar la palabra *intelligensia* con la corpulenta figura de mi madre, ataviada con

un vestido de poliéster confeccionado por la fábrica La Mujer Bolchevique, no habría tenido que escapar a Estados Unidos en un vuelo de Aeroflot, con un rostro sobresaltado que me miraba desde el pasaporte que sostenía en la mano, y encima de la mesa del inspector de la KGB, una maleta abierta y revuelta con veinte kilos de lo que había sido mi vida.

Mi abuelo, Konstantin Ivánovich Kuzminov, era un campesino. La condesa, propietaria de la aldea donde él vivía, situada a orillas del río Volga, a quinientos kilómetros de Moscú, diríase que debido a un acceso de culpabilidad por tanto tiempo de servidumbre, le sufragó los estudios en la Escuela de Ingeniería. Mi abuela era la hija del propietario de una fábrica textil en la ciudad de Ivánovo, que daba trabajo a la mayoría de los hombres del pueblo. Se casaron dos años antes de que estallara la Primera Guerra Mundial y cinco antes de que los bolcheviques tomaran el Palacio de Invierno y se desencadenara la guerra civil en el país.

En 1918, cuando la altruista condesa, junto con multitudes de nobles aterrados, tomó en Crimea un barco rumbo a Turquía, mis abuelos tenían ya tres hijos: mi madre y sus dos hermanos menores. La Revolución, que prometía liberar al pueblo del yugo del absolutismo y llevar a las clases trabajadoras al paraíso, alimentó la esperanza de la recuperación de Rusia: finalmente, los siglos de desigualdades y explotación tocaban a su fin, y la paz y la prosperidad parecían estar a su alcance. Sin embargo, en 1920 el racionamiento se redujo aún más y el manto de la hambruna volvió a cubrir todo el país, mientras en el horizonte asomaba ya el alba sangrienta de las seis décadas de terror que se avecinaban.

Fue entonces cuando mi abuela inventó el juego de las migajas. Mi madre y su hermano Sima, de seis y cinco años respectivamente, eran ya lo bastante mayores para ignorar los rugidos de hambre de sus estómagos, y se las apañaban con apenas un pedazo de pan negro y un azucarillo, pero

mi tío Yuva, de tan sólo tres años, que murió durante los primeros minutos de la Blitzkrieg de 1941, cerraba los puños y berreaba de hambre.

—¡Pero mira todo lo que tienes! —le decía entonces mi abuela, y desmenuzaba el pan y el azucarillo con los dedos—. Fíjate, un montón de migajas.

Mi madre y Sima, que eran mayores y más listos, echaban una furtiva mirada de pena a su hermanito, que se dejaba tomar el pelo de aquella forma.

—Dos montones —decía entonces mi abuela.

Yuva dejaba de llorar y se restregaba los mocos por las mejillas, apaciguado por la apariencia de abundancia: dos montones enteros, más pan y azúcar que en el triste cuadrado que había en los platos de los demás, suficientes migajas como para pasarse una hora entera pellizcándolas mientras se las iba metiendo en la boca una a una, tan abundantes y dulces.

En 1928, mis abuelos ocupaban una casa de madera de dos pisos en la que residían junto a sus cuatro hijos (una niña y ya tres niños) y Baba Manya, la hermana solterona de mi abuela, una mujer ingeniosa, pálida y buena. Era ella quien zurcía la ropa de los niños, que crecían demasiado rápido, quien cuidaba de las tres gallinas que habitaron en la cocina hasta que se las comió un gato y quien más tarde, durante otra época de escasez, después de la Segunda Guerra Mundial, compró el último cochinito esquelético a un tipo con un carro de caballos que se detuvo unos minutos en su calle. El cerdo vivió debajo de las escaleras y, a lo largo del siguiente año, evitó que murieran todos de hambre.

En 1929 nació la hermana menor de mi madre, Muza, la quinta y última de la familia.

—Dios nos ha traído otra niña —anunció Baba Manya desde el porche, en el último aliento del veranillo de San Martín, mientras se secaba las manos en el delantal—. Alabada sea la Santísima Trinidad, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Desconocía que Moscú había aprobado un decreto que declaraba la muerte de la religión: un enemigo débil y enclenque al que habían pateado, apuñalado y relegado finalmente al desván del pasado zarista.

—No ha sido Dios —replicó mi madre, ya con quince años, flanqueada por sus tres hermanos pequeños, entre las matas de diente de león que les llegaban hasta los tobillos, observando cómo mi abuela fajaba a una agitada Muza, que pronto desapareció bajo varias capas de mantas viejas. Ha sido mamá quien nos ha traído otra niña.

—Así se os caiga la lengua a todos, *fooligans* impíos —gritó entonces Baba Manya, que se santiguó apresuradamente.

En realidad, quería decir *hooligans* (*hooligani*, vándalos), pero, o bien no sabía pronunciar la hache aspirada, o no conocía la palabra. Y en eso se convirtieron mi madre y sus tres hermanos, en *fooligans*:¹ fogosos e ingenuos, decididos e imprudentes, inspirados por un nuevo dios, un cruce entre *hooligans* y locos.

En 1931, mi madre, que a sus diecisiete años había heredado la obstinación y el fervor revolucionario de mi abuelo, se recogió las trenzas oscuras con la intención de aparentar más años de los que tenía y se dirigió hacia su primera clase en la Facultad de Medicina de Ivánovo. Por entonces las universidades eran gratuitas, pero la admisión de los aspirantes dependía de su procedencia social y no de sus méritos: primero los hijos de trabajadores y campesinos, y luego los hijos de profesionales. Como mi abuelo ya no era un campesino, mi madre tuvo que esperar dos meses hasta que la hija de una lechera abandonó los estudios y hubo una vacante. En noviembre, cuando la lluvia se llevaba por delante la tierra que cubría los caminos de Ivánovo y embarraba las calles, mi madre se incorporó a aquel grupo heterogéneo

1. Juego de palabras intraducible. *Fooligan* es una mezcla entre *fool* («loco» en inglés) y *hooligan* («gamberro»). (N. del T.)

de futuros doctores soviéticos, instruidos en el laboratorio del nuevo Estado y que, directamente de las aulas, eran luego arrojados al hervidero de la guerra.

Durante el primer año en la Facultad de Medicina, mi madre estudió según el nuevo método de «brigada»: un estudiante, el brigadier, hacía los exámenes en representación de todo el grupo, de veinte alumnos. Mi madre se compadecía del desgarbado Ígor, que se colocaba ante ellos con aspecto sudoroso y, estirando mucho el cuello, leía con voz monótona una página tras otra del manual, algo sobre células y moléculas, un capítulo de biología sobre el que, a finales de semana, tendría que examinarse. Ese examen, o bien otorgaría el reconocimiento a toda la clase —cuyos miembros charlaban animadamente, fantaseaban o dormitaban—, o los condenaría al fracaso. Ígor, tan aplicado como aburrido, aprobaba siempre.

A partir del segundo año, el método de brigada fue sustituido por la evaluación individual. Un día, llegó un profesor de anatomía, procedente de Moscú, y lo primero que hizo fue suspender a un antiguo campesino. Fantasear y dormir se había terminado.

Por primera vez desde que ingresó en la Facultad de Medicina, mi madre abrió el libro y, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, memorizó el nombre de cada hueso, de cada vena, de cada músculo, de cada tejido, tendón y articulación. Aprobó el examen final de anatomía. Aprobó el de cirugía y el examen más importante de todos, el de comunismo científico, un curso articulado en torno a un puñado de citas de Marx, Engels y Lenin, un requisito indispensable para graduarse en cualquier universidad de la Unión Soviética, un territorio que abarcaba once zonas horarias.

Tres meses después de obtener su licenciatura, mi madre era ya directora y única doctora de un hospital rural con quince camas, situado a treinta kilómetros de Ivánovo, cerca de una fábrica que producía ladrillos con la turba que se extraía de los pantanos subterráneos de la zona. Llena de

energía y con el entusiasmo propio de la primera generación socialista, mi madre anhelaba mejorar las cosas. Era el año 1937, el vigésimo del poder soviético y el año en que los gulags estaban en su apogeo. A sus veintitrés años, mi madre abandonó la casa de sus padres para ver cómo el futuro se alzaba sobre el horizonte como lo hacía el enorme sol carmesí, más allá del pantano que divisaba a través de la ventana de su nuevo apartamento.

Pronto creó una unidad de traumatología, donde curaba a víctimas de accidentes laborales, en su mayor parte: dedos cortados, brazos rotos, espaldas y hombros magullados. Pero ella no se contentaba con eso. Aunque la mayoría de los trabajadores de la fábrica eran mujeres, el hospital no contaba con una sala de partos. Para dar a luz, las mujeres debían montar en un coche tirado por caballos y trasladarse al hospital del distrito, situado a ocho kilómetros, un largo trayecto por un camino a menudo sepultado por la nieve o anegado por la lluvia. Ya habían nacido dos bebés de camino al hospital, uno de los cuales no había sobrevivido al viaje. Mi madre llamó al departamento de Sanidad del distrito, pero le respondieron que las salas de partos no eran una prioridad en un momento en el que las epidemias de tifus y tuberculosis asolaban ciudades enteras.

Indignada ante esa falta de perspectiva por parte de las autoridades locales, mi madre decidió escribir una carta al auténtico líder. Secretario General, Moscú, el Kremlin. «Apreciado camarada Stalin —empezaba la carta—: Los pacientes de mi hospital no tienen ningún lugar donde poder dar a luz a nuestros nuevos ciudadanos. Las mujeres soviéticas, que trabajan duro en los pantanos de turba en pos de nuestro futuro común, merecen algo mejor.» Hizo una pausa para reflexionar sobre cómo debía formular su petición, de modo que con una única frase, simple y efectiva, lograra atravesar las diversas capas de su corazón de hielo hasta llegar a su corazón compasivo, de cuya existencia mi madre estaba convencida. «Mi apartamento puede transformarse fácilmente en una sala de partos con la ayu-

da de un equipamiento básico (véase lista adjunta). Ayúdenos, por favor.»

Vaciló un instante sobre cómo debía firmar la carta; dudaba entre «camarada», «ciudadana» o «doctora». «Camarada» parecía algo pretencioso: ¿cómo podía considerarse camarada de aquel hombre legendario? «Ciudadana» era demasiado impersonal. Finalmente optó por su título profesional, que aún le resultaba extraño: «Doctora Galina Kuzminova».

Era consciente del riesgo que corría al enviar aquella carta. Hacía apenas unos meses, cuando aún vivía en el piso de Ivánovo con sus padres, sus hermanos y su tío, habían aporreado la puerta en plena noche con ese tipo de golpes que sólo se oyen de madrugada y que uno reconocía, como si ya los hubiera oído antes. Dos hombres con abrigo negro se encaminaron directamente a la habitación donde dormían su tío Volia, su esposa y su hija de quince años, revolviéron todos los cajones, dieron la vuelta al colchón y anunciaron que el tío Volia estaba arrestado.

—Pero ¿por qué? —preguntó la tía Lilia con voz entrecortada.

—Ya lo descubriré —murmuró uno de los hombres.

El tío Volia estaba en el centro de la habitación, con su ridículo pijama de franela, intentando contener un incipiente ataque de asma. Con los hombros caídos hacia delante y la boca abierta, intentaba respirar mientras se secaba la frente con un pañuelo.

—Se trata de un error, de un malentendido —susurró en cuanto logró coger aire, agitando el pañuelo con mano temblorosa.

Los hombres le ordenaron que se pusiera un abrigo y lo escoltaron hasta un furgón, conocido con el nombre de *voronok* (cuervo negro), que estaba aparcado frente a la casa. Semanas más tarde, la tía Lilia se enteró de que su marido, como parte de su trabajo en la oficina de propaganda, había acompañado a un desconocido de Moscú a un restaurante. Allí, sentado junto a un buen ciudadano, al que había

enviado el NKVD (el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) para escuchar conversaciones entre extraños, el tío Volia contó un chiste.

Ni siquiera era un chiste político: dos policías reciben una invitación para la fiesta de cumpleaños del camarada Kozlov. «¿Qué le regalaremos?», pregunta uno. «El mejor regalo es un libro», responde el otro. «No —dice el primer miliciano—. El camarada Kozlov ya tiene uno.»

De repente aquel chiste, que todos habían oído ya con anterioridad, les pareció insulso y sin gracia. ¿Por qué el tío Volia se habría tomado la molestia de contar un chiste tan malo? Mi madre consideraba que debería haber sido más cauto entre desconocidos. Por toda la ciudad había carteles en los que podía verse a una mujer con un pañuelo rojo en la cabeza que se llevaba un dedo a los labios, con la leyenda *NE BOLTAI* escrita en grandes letras rojas: *NO MURMURES*. Murmurar significaba estar a un paso de la traición. Sin embargo, mi madre creía que el NKVD había cometido un error. ¿Cómo podía el camarada Stalin arrestar a un hombre tan inocente, manso y sumiso como su tío Volia? Todo el mundo sabía que el camarada Stalin quería que la gente viviera bien, tanto si eran campesinos como si eran profesores.

Fresca en su memoria estaba aún la imagen del pañuelo tembloroso de su tío, que no encontraba la manga del abrigo, mientras aquellos dos hombres arrojaban al suelo los diez volúmenes de las obras completas de Chéjov, tras hojearlos uno a uno, irritados por no haber encontrado nada entre sus páginas.

Mi madre también se acordó de su abuelo, que en 1921, según la leyenda familiar, había teleografiado a Lenin cuando un tren cargado de harina que se dirigía a la hambrienta población de Ivánovo fue interceptado por un escuadrón armado de soldados del Ejército Rojo. Unas horas más tarde, conforme a la historia, el tren pudo proseguir el viaje gracias al telegrama de su padre.

En su mente, la escena del tío Volia escoltado hacia el *voronok* negro por haber contado un chiste lidió durante

unos minutos con la feliz imagen de los ciudadanos de Ivánovo salvados de la hambruna gracias a un telegrama. Finalmente, mi madre se empeñó en creer que era imposible que Stalin estuviera al corriente de aquella injusticia, que no era más que el resultado de una lucha de poder contraria a los principios soviéticos entre sus corruptos subordinados.

No obstante, ahora estaba escribiendo a Stalin, la conciencia y la gloria revolucionaria del país. Mi madre firmó la carta, la dobló en cuatro y le entregó el sobre a Fiódor, que se encargaba de cuidar a *Verochka*, la yegua del hospital, y que cada día conducía la calesa ocho kilómetros hasta el pueblo más cercano.

Unas semanas más tarde, cuando las enfermedades y los traumatismos rutinarios le habían hecho olvidar la carta que había enviado al Kremlin, la citaron en la oficina del jefe del departamento de Sanidad del distrito. El camarada Palkin estaba sentado detrás de un escritorio; llevaba uniforme militar, como Stalin, y unas gafas redondas con montura al aire como Beria, el jefe del NKVD. Era calvo y tenía la cabeza pequeña, las orejas cubiertas de mechones canos, y apoyaba sus gruesos antebrazos, que parecían pertenecer a un hombre más corpulento, encima de la mesa como dos troncos. Inclinado sobre los papeles que descansaban ante él y que custodiaba como si fueran sus prisioneros, no se levantó cuando mi madre entró en su despacho, pese a que mi abuela sostenía que un hombre no tenía más opción que levantarse cuando una mujer entraba en una habitación.

—¿A quién ha escrito? —preguntó Palkin con voz grave en cuanto mi madre se hubo sentado.

—Al secretario Stalin —respondió ella.

Palkin la miró fríamente detrás de sus gafas y mi madre se acordó de su tío Volia. Aún no habían tenido noticias suyas, a pesar de que la tía Lilia se había tomado una semana libre para viajar a Moscú, donde había pasado cuatro días y cuatro noches ante la cárcel de Lubianka, sede del

NKVD, con la esperanza de poder hablar con alguien; ni siquiera había logrado que la dejaran entrar.

Pero mi madre no estaba dispuesta a admitir que estaba asustada ni a que el corazón, en contradicción flagrante con todos sus conocimientos de anatomía, le latiera en algún lugar de la garganta. Mostrar lo que sentías era tan peligroso como murmurar. «Oculta tus pensamientos —decía siempre mi abuela—. Lo que llevas dentro no lo puede tocar nadie.»

—Acabo de recibir esta orden de Moscú —gruñó Palkin, mostrando una dentadura cariada y señalando una carta con un dedo, mientras mi madre pensaba en *voronoks* y en pelotones de fusilamiento—. Según esta misiva, Moscú enviará quince mil rublos para convertir su apartamento en una sala de partos.

El efecto de aquellas palabras no habría sido mayor si aquel hombre hubiera dicho quince millones de rublos. Mi madre ganaba trescientos rublos al mes, un salario que despertaba la envidia de sus antiguos compañeros de universidad, y, aun así, lo único que se había comprado desde que había empezado a trabajar era un abrigo de lana, y nunca había visto un billete con más de un cero.

De vuelta en el hospital, se presentó en la oficina del director de la fábrica de ladrillos y solicitó una plaza en el dormitorio de las mujeres trabajadoras. Apenas unos días después de su reunión con el camarada Palkin, llegó el equipamiento solicitado, que se instaló con eficiencia insólita en su antiguo apartamento. En primavera se inauguró una sala de partos con cuatro camas, en la que mi madre trajo al mundo a quince bebés. Durante los partos, mi madre aprendió a usar un fórceps, a girar el feto y a separar manualmente la placenta. Las mujeres de la fábrica le expresaron su gratitud con bolsas de pepinos de sus jardines y también con alguna lata esporádica de manteca de cerdo.

Mi madre se sentía eufórica e importante. Lo que había hecho suponía una contribución al *poryadok*, el orden

que el país y ella misma necesitaban. Habló de todo ello en una carta dirigida a su familia que, al leerla, sonaba tan rimbombante y forzada como la primera página del *Pravda*. Sin embargo, lo que había querido decir era simple y breve.

Había sobrevivido.